

nes promesas que voluntariamente hicisteis en el bautismo ; habéis pecado con mas conocimiento, con mas ingratitud, con la mayor perfidia é infidelidad. Sírvaos este aviso para llorar pronto vuestras infidelidades, enmendarlas en lo sucesivo, y manteneros fieles á Dios hasta la muerte. Amen.

# **DOMINGO INFRAOCTAVA DE CORPUS.**

Este domingo, que es el segundo despues de Pentecostes, y que siempre cae dentro la octava de Corpus, siendo como una continuacion de esta gran festividad, está todo dedicado en honor de Jesucristo residente en la sagrada Eucaristía. Como esta materia es abundantísima, y por mas que se predique sobre ella nunca podrá ser agotada, el cura elegirá hoy la que le pareciere mas útil al pueblo, haciendo depender la eleccion de lo que hubiere predicado el jueves anterior. Suponiendo que en dicho dia habrá predicado sobre la institucion de la Eucaristía, valiéndose al efecto de alguno de los sermones que sobre esto pusimos en el primer tomo de la presente obra, ¿en qué asunto podrá fijarse hoy? Desde luego nos ocurren cuatro, que corresponden perfectamente al evangelio de este dia, y son : los frutos de la buena comunión, las disposiciones para comulgar dignamente, las injurias que Jesucristo recibe en el Sacramento del altar, y la comunión frecuente.

Si se quiere predicar sobre los frutos de la buena comunión, se tomará el texto : Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos, y se comenzará el discurso del modo siguiente : « Comiendo un cierto dia el Salvador en casa de uno de los principales fariseos, y en compañía de otros convidados, uno de « estos, que seria persona de gran piedad, exclamó : ¡ Dichoso « el que logrará asistir al convite que Dios hará á sus escogidos « en el reino de los cielos ! Beatus qui manducabit panem in reg-



«no Dei<sup>1</sup>. De esta expresion tomó pié el Salvador para referir la siguiente parábola : Hubo un hombre rico, que dispuso una gran cena, y convidó á muchos. Llegada la hora de cenar, envió su criado á decir á los convidados que compareciesen, por cuanto la mesa estaba ya preparada. Los convidados, en vez de acudir pronto, dieron excusas por no asistir ; y bien que las excusas eran frívolas, el resultado fue que no asistieron. Indignado el señor, y justamente picado de este desaire, hizo llamar á otros, asegurando que ninguno de los primeros se sentaria mas en su mesa. ¿Qué pensais, cristianos, quiso indicar el Salvador con esta parábola? Segun el sentido literal, quiso hacer comprender á los judíos que, habiendo ellos sido los primeros llamados á la gracia del Evangelio, y rehusado recibirla, seria dada á los gentiles, como realmente lo fue. Segun el sentido moral, la gran cena es el reino del cielo, al que todos los hombres están destinados ; pero del que la mayor parte serán excluidos por sus culpas. Segun el sentido en que hoy toma la parábola la Iglesia, el convite á que muchos no quieren asistir, es el que Jesucristo nos ha preparado en la sagrada Eucaristía. De este convite celestial se retraen muchos, no obstante las continuas instancias que se les hacen para que asistan : ¿y por qué? Porque no reflexionan los admirables frutos que produce en el alma ; que si lo reflexionasen, no es de creer se hiciesen tanto de rogar. Recordémosles, pues, los grandes frutos de la sagrada Comunión, y veamos si se hacen mas solícitos de recibirla.» — Dicho este exordio, tómese el cuerpo de la plática puesta en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 293.

Tratándose de formar asunto sobre las disposiciones que se requieren para comulgar dignamente, se tomará el mismo texto

<sup>1</sup> Luc. xiv, 13.

de arriba, y se comenzará diciendo : «Hoy, domingo infraoctava de Corpus, el evangelio nos refiere aquella parábola en la que Jesucristo, tomando la persona de un gran señor que dispuso una magnífica cena para obsequiar á sus amigos, nos manifiesta sus vivísimos deseos de que los cristianos se lleguen á la cena sagrada que él les tiene dispuesta en el Sacramento del altar. Estos deseos son tan grandes é intensos, que se indigna contra los ingratos que rehúsen presentarse, amenazándoles con nada menos que con la eterna exclusion del reino de los cielos : Dico autem vobis, quod nemo virorum illorum, qui vocati sunt, gustabit cœnam meam. No penseis por esto, cristianos, que Jesucristo desee vengais á recibirle á todo trance, y de cualquier modo que sea ; pues, á fin de evitarlo, él mismo nos advierte, que habiéndose un cierto convidado presentado de un modo inconveniente, fue sacado con ignominia del convite, y arrojado á las tinieblas exteriores. Lo que quiere es que vengais, y vengais con las disposiciones que reclama la santidad del alimento que venís á recibir, y que son indispensables para que os aproveche. Cuáles sean estas disposiciones es lo que va á ser objeto de mi discurso.» — Aquí se toma el cuerpo de la plática puesta en la pág. 284 del tomo 1.º del Catequista orador.

Cuando se quiera hablar de las injurias que se hacen á Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía, tómese el mismo texto : Homo quidam fecit cœnam magnam, y hágase la siguiente introduccion : «Al ver la bondad inefable con que Jesucristo ha instituido el augustísimo Sacramento del altar, el amor que en él nos descubre, las gracias que en él nos dispensa, llegando al extremo de hacerse él mismo nuestro alimento, ¿quién no creería que los cristianos le corresponden con un amor, si no igual al suyo, que no es posible, á lo menos bastante para manifestarle su agradecimiento? Y sin embargo no es así : muy



«léjos de corresponder con amor á sus bondades, se las pagan  
«con la mas detestable ingratitud. Tres clases de personas se  
«muestran señaladamente ingratas á Jesucristo en el Sacramen-  
«to del altar : las que no lo frecuentan, porque lo hallan ín-  
«spido ; las que lo reciben sin fervor, porque se familiarizan de-  
«masiado con él, y las que comulgan en pecado, porque no ha-  
«cen de él un justo discernimiento. ¿Y es posible esto? me diréis.  
«—Parece que no, cristianos ; pero todo cabe en la miseria del  
«hombre. Por lo que vengo á decir quedaréis convencidos de  
«que verdaderamente así pasa, y de que Jesucristo sufre en la  
«Eucaristía las mayores injurias de parte de aquellos mismos  
«á quienes se da en alimento.»—Siga inmediatamente el cuer-  
po de la plática del Catequista orador, que comienza en la  
página 300 del tomo 1.º

### La frecuente comunión.

Misit servum suum hora cœnæ  
dicere invitatis ut venirent... Et  
cæperunt simul omnes excusare.  
(Luc. xiv, 17, 18).

Un dia que el Salvador comia en casa de un fariseo en com-  
pañía de otros convidados, refirió una parábola que la Iglesia  
nos recuerda hoy, porque expresa al vivo lo que pasa entre  
los cristianos. Dijo el Salvador, que habiendo un gran señor  
dispuesto una magnífica cena para obsequiar á sus amigos, los  
llamó por medio de su criado, diciéndoles que acudiesen pron-  
to, por cuanto la mesa estaba ya preparada : *Misit servum suum  
hora cœnæ dicere invitatis ut venirent*. Vosotros tal vez cree-  
réis que los convidados, correspondiendo á tan honrosa invi-  
tacion, lo dejaron luego todo para asistir ; pero no fue así : muy  
al contrario, comenzaron á excusarse todos, alegando cada

cual el pretexto que primero le ocurrió : *Et cæperunt simul om-  
nes excusare*. El uno dijo que habia comprado una casa de cam-  
po, y que deseaba ir á verla : el otro, que acababa de adqui-  
rir un par de bueyes, y queria probarlos : el otro, que era re-  
cientemente casado, y no queria separarse de su mujer. Estas  
excusas, como veis, no podian ser mas insulsas ; sin embargo  
ellas bastaron para que nuestros hombres se creyesen dispen-  
sados de asistir.

¿Y no es esto, cristianos, lo que pasa entre nosotros? ¡Ay  
de mí! El Señor de cielo y tierra ha dispuesto en la Eucaris-  
tía una cena perenne, en la que os ofrece por alimento su mis-  
mo cuerpo y su propia sangre : nosotros, que somos sus sier-  
vos y ministros, os invitamos en su nombre á asistir con fre-  
cuencia á este convite sagrado ; y no así simplemente, sino  
reiterando uno y otro dia la invitacion, haciéndoos ver con la  
razon y la autoridad la necesidad, la conveniencia y el pro-  
vecho. Y vosotros ¿qué haceis? Para cada razon buscáis una  
salida, para cada autoridad un efugio, para cada excitacion  
un inconveniente. Examinemos hoy vuestras salidas, vues-  
tros efugios y vuestros inconvenientes ; y veamos si, enfren-  
te de los poderosos motivos que os persuaden la frecuente co-  
munión, son de algun peso ó valor.

El primer motivo que hay para darse á la frecuente comu-  
nion, es el ser ella una prenda de salvacion eterna. ¿Quién  
lo dice? Jesucristo, cuya palabra es infectible. Yo soy el pan  
vivo, dice, que he bajado del cielo : quien coma este pan,  
vivirá eternamente : *Ego sum panis vivus qui de cælo descen-  
di. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in æternum*<sup>1</sup>. Por

<sup>1</sup> Joan. vi, 50, 51.



esto en los primeros siglos de la Iglesia casi todos los cristianos fueron santos, y pocos, poquísimos se condenaron, porque en aquel dichoso tiempo los fieles comulgaban todos los dias, como se dice en los Hechos de los Apóstoles: *Quotidie... sumebant cibum cum exultatione, et simplicitate cordis*<sup>1</sup>. ¿Y á qué debe atribuirse el que hoy dia el vicio abunde tanto entre los cristianos, y sean tantas, tantísimas las almas que se condenan? Creo debe en gran parte atribuirse á que son pocos, poquísimos los que frecuentan el Pan eucarístico; pues, como dice Jesucristo, si no se come este Pan divino, no se logra la vida eterna: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis... non habebitis vitam in vobis*<sup>2</sup>.

Hé aquí, fieles, un motivo que debería bastar por sí solo para que todos procuráseis frecuentar la sagrada comunión lo mas que os fuese posible; pero vosotros, resueltos á no recibirla mas que una ó dos veces al año, hallais desde luego una salida. Nosotros, decís, de buena gana comulgaríamos con frecuencia; mas no nos consideramos dignos de tanto honor.—Antes que todo os respondo, que cuando os recomendamos la frecuencia de la comunión, no hablamos de la comunión diaria ó casi diaria, la cual solo puede recomendarse á personas muy perfectas y espirituales: sino de la comunión en ciertos domingos y festividades del año, mas ó menos frecuente, segun lo dictaren la oportunidad, el fervor y las obligaciones de cada uno.

Si me decís que ni para esta frecuencia de comuniones os reputais dignos, entonces os diré: ¿quién hay en el mundo que, hablando en rigor, lo sea? No hay criatura alguna que, tratando de comulgar, no deba reputarse indigna de hacerlo. Si el Santo mas ilustre de la Iglesia hubiese de recibir el sa-

<sup>1</sup> Act. II, 6. — <sup>2</sup> Joan. VI, 53.

grado cuerpo de Jesucristo, sin duda diria, y lo diria con toda verdad: *Domine, non sum dignus*. Señor, no soy digno de recibiros. Si el Serafin mas eminente del cielo hubiese de comulgar, es cierto que diria, y lo diria con razon: *Domine, non sum dignus*. Señor, indigno soy de tanta dicha. ¿Lo diré? Si la misma Madre de Dios hubiese de recibir la sagrada Comunión, es cierto, ciertísimo que en su corazón repetiría aquella humilde expresión que dijo cuando el Verbo eterno se hizo hombre en sus entrañas: *Ecce ancilla Domini*: Hé aquí la esclava del Señor. ¡Ah! cristianos, yo sé bien que todos somos indignos de comulgar, y por esto la Iglesia ha querido que en el acto de hacerlo, tanto los sacerdotes como los seculares, dijésemos tres veces: *Domine, non sum dignus*. Pero el reconocer nuestra indignidad, ¿ha de ser motivo para retraernos de la sagrada Comunión? Si la indignidad no consiste en ser esclavos de la culpa mortal, no: de lo contrario nadie debería acercarse á recibir la sagrada Eucaristía, y de consiguiente en vano hubiera instituido Jesucristo este gran Sacramento. Oid lo que sobre el particular dice san Francisco de Sales en su *Introducción á la vida devota*: Dos clases de personas, dice, deben comulgar con frecuencia: los perfectos, para adquirir mayor perfección; y los imperfectos, á fin de enmendarse, y hacerse perfectos: los fuertes, para no venir á hacerse flacos; y los flacos, para hacerse fuertes y robustos: los sanos, para no caer enfermos; y los enfermos, para hacerse sanos.

Vosotros dejais de comulgar, cristianos, porque, como decís, os considerais indignos de ello; pero ¿por ventura, manteniéndoos apartados por largo tiempo de la mesa sagrada, os hallais despues mas dignos y mejor dispuestos? Durante el largo intervalo que dejais pasar de una comunión á otra, ¿acaso os aplicais á corregir vuestras faltas, para que cuando lle-



que el día de comulgar, seais mas puros, mas santos, mas perfectos? ¡Ah! que sucede todo lo contrario: cuanto mas tiempo os absteneis de la Comunión, tanto mas imperfectos, miserables y pecadores os hallais; verificándose lo que dice el mismo san Francisco de Sales, que absteniéndose de comulgar, es verdad que no morís de indigestion y ahito, pero morís de hambre y exinanición. ¿Sabeis lo que sospecho? Sospecho que no es el conocimiento de vuestra indignidad lo que principalmente os retrae de la comunión, sino otra cosa. Vosotros sabeis que para comulgar frecuentemente seria menester introducir alguna reforma en vuestras costumbres, cortar ciertas afecciones demasiado terrenas, llevar una vida mas regular, mas espiritual, mas cristiana; y como no quereis hacer esto, por eso tomáis el partido de no comulgar. Entre tanto va viniendo el tiempo de cuaresma, en que os es preciso comulgar, so pena de incurrir en la indignación de la Iglesia, y pasar por hombres sin piedad ni religion: ¿y qué sucede entonces? que ordinariamente haceis una mala comunión; pues se puede asegurar sin temor de equivocarse, que la mayor parte de los que no comulgan sino una vez al año, profanan el cuerpo del Redentor con un horrible sacrilegio.

Otro motivo hay para frecuentar la Comunión, y es el respeto debido á la grandeza y majestad del Señor que os convida. Si un rey de la tierra os convidase á comer frecuentemente en su mesa, y os hiciese entender que de no aceptarle el convite se tendrá por desairado, lo recibirá como un desden y una desatención, y tendrá por ello un gran disgusto, ¿no os consideraríais como personas faltadas de educación y honor, si no correspondiéseis á una invitación tan honrosa? Pues permitidme os diga, que, retrayéndoos de la Comunión, no os acreditais de muy finos y atentos para con el Rey de cielo y tierra. Él os convida á comer frecuentemente el Pan eu-

carístico, diciéndoos: Venid, amigos, comed mi cuerpo, bebed mi sangre, y embriagaos en este convite, que os ofrece mi amor: *Comedite, amici, et bibite, et inebriamini, charissimi*<sup>1</sup>. Él os da á entender que no corresponder á esta invitación, lo reputará por una desatención, por un desprecio, por una injuria capaz de provocar su enojo: *Iratus pater familias*<sup>2</sup>. Él os amenaza con llamar á otros, sustituirlos en vuestro lugar, y excluirs por siempre de su mesa: *Nemo virorum illorum qui vocati sunt, gustabit cœnam meam*<sup>3</sup>.

Y vosotros ¿qué respondeis á esta invitación, á esta protesta, á esta amenaza? Desde luego, decís, aceptaríamos un convite tan honroso, si no se atravesase por medio un inconveniente que nos retrae. Démonos á la frecuencia de Sacramentos, ¿qué sucederá? que al punto serémos el blanco de los chismes, críticas y censuras de esas gentes que tienen por sistema murmurar de cuantos comulgan frecuentemente, espiando y publicando sus defectos, sus imperfecciones y sus flaquezas.—En efecto, hay desgraciadamente entre nosotros una porción de libertinos, que tomando motivo de los defectos que notan en ciertas personas que comulgan con frecuencia, extienden su mordacidad á cuantos tienen esta santa costumbre, por justos é inocentes que sean. Todo el celo de esta gente maligna se reduce ¿á qué? á hacer en la Iglesia de Dios lo que hacian antiguamente los hijos del gran sacerdote Helí, quienes retraian á los hombres del sacrificio, por el cual pecado fueron reprobados de Dios: *Erat ergo peccatum puerorum grande nimis coram Domino: quia retrahebant homines à sacrificio Domini*<sup>4</sup>. Ó bien, si quereis, renuevan entre nosotros lo que los fariseos practicaban entre los judíos, á quie-

<sup>1</sup> Cant. v, 1. — <sup>2</sup> Luc. xiv, 21. — <sup>3</sup> Ibid. 24.

<sup>4</sup> II Reg. ii, 17.



nes el Salvador decia con indignacion : ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerrais á los hombres el reino del cielo ; pues ni vosotros entraís en él, ni dejais que entren los que quisieran entrar! *Vos enim non intratis, nec introeuntes sinitis intrare* <sup>1</sup>. En efecto, no contentos estos con mantenerse ellos separados de la sagrada Comunión, trabajan cuanto pueden para retraer á los demás, atropellando á las personas de bien sobre sus comuniones, censurando su vida, publicando sus mas pequeños defectos, no perdonándoles nada, y haciéndoles un crimen de todo. ¡Qué temeridad! San Agustín con todas sus luces no se atrevia á desaprobare el uso de la comunión diaria ; ¿y unos hombres completamente legos en materia de religion censuran sin vacilar las comuniones que algunos hacen cada semana ó cada mes? El santo concilio de Trento deseaba que los fieles comulgasen sacramentalmente cada dia al tiempo de la misa : *Optaret quidem sacrosancta Synodus, ut in singulis missis fideles... Eucharistiae perceptione communicarent* <sup>2</sup> ; ¿y estos por el contrario, quisieran que solo se comulgara una vez al año?

No creais que por esto yo pretenda justificar todas las comuniones frecuentes : hay comuniones frecuentes que deploro, y que me parecen mas propias para escandalizar que para edificar. Lo que digo es, que criticar indistintamente á todos los que comulgan con frecuencia, y, por algunas flaquezas que tal vez se notan en ellos, tronar contra los directores que se lo permiten, como lo hacen ciertas personas mundanas, es cosa que supone ó una malicia insigne, ó una ignorancia deplorable. Y por todo cuanto pueden decir esos maliciosos ó ignorantes, ¿vosotros, cristianos míos, habeis de privaros de la frecuente comunión? No : lo que debeis hacer es, vivir con

<sup>1</sup> Matth. xxiii, 13. — <sup>2</sup> Conc. Trid. sessio. 22, cap. 6.

tal regularidad, que ellos no puedan clavar el diente en vuestra conducta ; y si por flaqueza humana incurris en algunas faltas ó flaquezas, y ellos os las echan en cara, decidles que con la frecuencia de comuniones confiais iros corrigiendo de ellas, pues que Jesucristo ha instituido este Sacramento para que sea como una medicina contra las flaquezas humanas : decidles, que cuanto mas defectuosos sois, tanta mas necesidad teneis de comulgar, así como cuanto mas débil está un hombre, tanto mas indispensable le es el tomar á menudo alimento : decidles, en fin, y decídselo con el santo concilio de Trento, que Jesucristo quiere que recibais la santa Comunión, como un antídoto que os purifique de las culpas cotidianas, y os preserve de las mortales : *Sumi autem voluit sacramentum hoc... tamquam antidotum quo liberemur à culpis quotidianis, et à peccatis mortalibus præservemur* <sup>1</sup>. Así, así es como debéis proceder, y no veniros con que no osais comulgar mucho, por temor de que la gente discola os murmure.

Otro motivo hay para acercaros con frecuencia á este Sacramento, y es ser él el medio mas poderoso para llegar pronto á un alto grado de virtud y santidad. Así como es propio del alimento material nutrir el cuerpo, engordarlo, y hacerlo crecer ; así es propio de este alimento espiritual nutrir el alma, hacerla adelantar en la vida espiritual, y conducirla pronto á una estrecha union con Dios. De ahí es que el mismo Concilio suplica á todos los fieles por las entrañas de la misericordia de Dios, que se dispongan para recibir frecuentemente este Pan divino, que debe ser la vida de sus almas, y ha de servirles de viático durante el tiempo de esta vida, hasta que lleguen á la patria celestial, donde se alimentarán con la vista clara de aquel Señor á quien ahora reciben bajo los

<sup>1</sup> Conc. Trid. sessio. 13, cap. 2.



sagrados velos de la Eucaristía : *Paterno affectu admonet sancta Synodus, hortatur, rogat, et obsecrat... ut omnes... hæc sacra mysteria ea animi devotione venerentur, ut panem illum supersubstantialem frequenter suscipere possint* <sup>1</sup>.

A este poderoso motivo ¿qué es lo que podeis oponer? Nuestros negocios, diréis, nuestras ocupaciones, nuestros cuidados terrenos, que no nos dejan tiempo para prepararnos como convendría para la santa Comunión.—¿Vuestros negocios?... ¿vuestras ocupaciones?... ¿vuestros cuidados terrenos?... Esta fue precisamente la excusa que alegaron los que fueron convidados á la cena de que se habla en nuestro evangelio : *Villam emi, jugam boum emi quinque, uxorem duxi*. Pero ¿cómo consideró el Señor esta excusa? Como un falso pretexto que ellos solo aducian para ocultar la ninguna voluntad que tenían de asistir : *Et nolebant venire* <sup>2</sup>. Aun cuando fuese realmente así, que vuestros quehaceres temporales fuesen tantos, que apenas os dejasen tiempo para la frecuencia de Sacramentos, no seria admisible semejante excusa, puesto que un cristiano no debe preferir los bienes temporales á los eternos, ni abandonar los intereses del alma por los intereses de este mundo. Pero ¿es realmente así que las atenciones terrenas os roben todo el tiempo? Aprovechad el que desperdiciáis en bagatelas y nulidades: economizad el que empleáis en juegos, parlerías, paseos, visitas y otras cosas de poca ó ninguna utilidad; y os quedará, no solo el suficiente, sino de sobra para hacer cuanto es menester para comulgar digna y frecuentemente.

Yo espero que lo haréis así, y que en adelante tendré la satisfaccion de ver la mesa del Señor mas frecuentada de lo que ha sido hasta ahora. No os diré que vengais á comulgar

<sup>1</sup> Conc. Trid. sessio. 13, cap. 8. — <sup>2</sup> Matth. xxii, 3.

tantas ó cuantas veces, pues en esto debeis ateneros á lo que os prescriba un sábio y celoso director; pero sí os recordaré que no hay pretexto alguno que pueda autorizaros para diferir por mucho tiempo la santa Comunión. Al contrario, todo debe incitaros á recibirla las mas veces que os sea posible, seguros de que es el medio mas eficaz para vivir cristianamente, lograr una muerte santa, y aseguraros la posesion de la gloria. Amen.